

no, me equivoco, no es él, no es él. Quizá aquel otro, aquel que está encendiendo el cigarro... Aguarda á que se vuelva, aguarda... aguarda... no, no, tampoco es él...

— ¿Cuál entonces?

— ¡Ah! ¡ahora le veo! Estoy segura. No, no me equivoco. Es aquel que ha puesto la mano sobre la espalda del compañero que está á su lado.

— ¡Aquel!

— Sí, sí, es él.

— ¡Madre!...

— Estoy segura, te digo que es él.

— ¿De veras? ¿No os engañáis? ¿Estáis segura? — gritó el soldado cogiendo por la mano á su madre.

— Tan segura como de que soy tu madre.

El soldado clavó la mirada en el capitán, y continuó mirándole sin pestañear.

Entretanto la madre, que más bien que en el capitán pensaba en su hijo, estrechóse contra su pecho, y cogiéndole la medalla con el índice y el pulgar de la diestra, acercó el rostro, miróla atentamente por ambos lados, y dijo sonriendo al soldado, que continuaba inmóvil con la mirada puesta en el capitán:

— Apuesto á que lo que más quieres en este mundo después de tu madre... es esto.

Y levantó la medalla cuanto permitía la cinta de que pendía.

— No, — contestó el soldado sin volver la cabeza.

— ¿Que no? ¿Qué es, pues, lo que más amas en este mundo después de tu madre? — preguntó la mujer con afectuoso sonrís.

El soldado levantó el brazo, y señalando con el índice á su capitán, contestó:

— ¡Aquel hombre!

UN ASISTENTE ORIGINAL

Lo que es tipos originales, los hay no pocos en este mundo sublunar, pudiendo alabarme de haber conocido bastantes: creo, sin embargo, que no ha nacido todavía otro que con él pueda parangonarse.

Era sardo, campesino, de veinte años, no conocía la O, y soldado de infantería.

La vez primera que me le eché en la cara, en Florencia, en la redacción de un periódico militar, inspiróme simpatía. Con todo, su fisonomía, y más que todo algunas de sus contestaciones, me revelaron que había de habérmelas con un tipo original. Visto de frente era él en persona: mirado de perfil parecía otro. Dijérase que en el breve tiempo que necesitaba para volver el rostro se modificaban todas las facciones y todos los lineamientos de su rostro. Contemplándole de frente, no se veía en él cosa particular: era una cara como las otras, pero visto de perfil no podía uno menos que reirse. La punta de la barba y el extremo de la nariz parecían buscarse para establecer estrechas relaciones, sin que por modo alguno pudieran conseguirlo, merced al obstáculo creado por dos labios enormes siempre abiertos, que dejaban ver dos hileras de dientes más descompasados que un pelotón de milicia nacional. Sus ojos eran tan diminutos que apenas se parecían,

tanto que en cuanto se refa quedaban ocultos por las arrugas. Las cejas tenían la misma forma que dos acentos circunflejos, y la frente tan estrecha, que apenas había solución de continuidad entre los ojos y el pelo. Decía de él uno de mis amigos que había sido hecho por diversión. Y sin embargo, su fisonomía expresaba inteligencia y bondad; pero una inteligencia parcial, si así puede decirse, y una bondad *sui generis*. Con voz áspera y clueta hablaba un italiano singularísimo, del cual habría podido pedir, sin que nadie lo contradijera, legítimo privilegio de invención.

—¿Qué te parece Florencia?— preguntéle, teniendo en cuenta que había llegado á dicha ciudad el día anterior.

—No me parece mal,— contestó.

Para quien no había visto más que Cagliari, y una que otra pequeña ciudad de la Italia septentrional, parecióme la contestación un sí es no es pretenciosa.

—¿Qué te gusta más, Florencia ó Bergamo?

—Llegué ayer, y aún no he tenido tiempo para juzgar.

Al marcharse le dije:

—Adiós.

Y él me contestó:

—Adiós.

Al otro día entró en mi casa.

Durante los primeros días estuve no pocas veces á dos dedos de perder la paciencia y enviarlo á su regimiento. Porque si se hubiese contentado con no comprender pizca de cosa alguna, menos mal; pero es el caso que parte por la dificultad que le ofrecía entender el italiano, y parte por la novedad de los quehaceres, sólo comprendía á medias, y lo hacía todo al revés. Si dijera que llevó á afilar mis navajas á la librería Limonnier, y al afilador las cuartillas para la imprenta; que entregó una novela francesa al zapatero, y dejó á una señora un par de botitos para que les echara medias suelas, nadie lo creería. Y se comprende, puesto que para

creerlo sería indispensable conocer hasta qué extremo era distraído, puesto que por la simple falta de inteligencia no pueden explicarse sus monumentales *quid proquos*. Para que pueda formarse idea de ello, juzgo lo más acertado referir alguna de sus proezas.

Todas las mañanas á las once le enviaba á comprar jamón para desayunarme, y en dicha hora se vendía en las calles el *Corriere italiano*. Cierta día, sabiendo que el periódico insertaría una noticia que me interesaba, le dije:—Pronto: jamón y el *Corriere italiano*.—Largóse, y como nunca pudo concebir que pudieran hacerse en un tiempo dos cosas distintas, volvió inmediatamente trayendo el jamón envuelto en el *Corriere italiano*.

Una mañana hojeaba en compañía de uno de mis amigos, y en presencia del asistente, un magnífico Atlas militar que pertenecía á la Biblioteca y me habían facilitado como particular obsequio.—El mal está,—tuve que decir,—en no poder examinar todos los mapas al par; pues debiendo hacerlo hoja por hoja, me es por demás difícil darme cuenta exacta de la batalla: para esto sería menester tenerlos colocados en la pared formando un solo cuadro.—¡Nunca tal dijera! Cuando volví á casa aquella noche,—todavía me dan escalofríos cuando me acuerdo,—todos los mapas del Atlas estaban clavados en la pared, y para colmo de desventura, la mañana siguiente presentóseme muy risueño y vergonzoso, como quien está satisfecho de sí mismo y espera una felicitación y un aplauso.

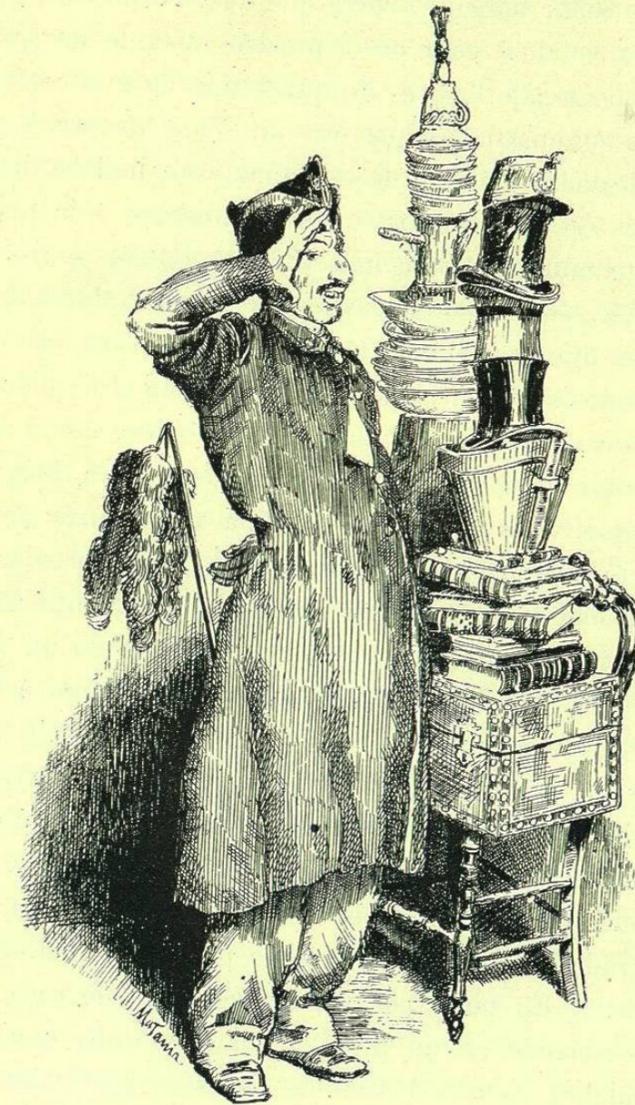
Otro día le envíe á buscar un par de huevos que tenía resuelto comer cocidos. En tanto estuvo ausente, vino un amigo á hablarme de un asunto que apremiaba. Aquel desventurado regresó, y le dije:—Aguarda,—y en tanto que yo continuaba hablando con mi amigo, sentóse él en un rincón. De pronto observo que el soldado se pone encarnado, lívido, verde, que parece sentado sobre ascuas, que hace los imposibles para ocultar el rostro. Bajo los ojos, y veo que por

una de la piernas de la silla descende lentamente una cosa color de oro que jamás había visto. Me acerco: yema de huevo. El grandísimo poca vergüenza se había metido los huevos en el bolsillo posterior del capote, y sin pensar ya más en ellos, sentóse como si tal cosa, sin acordarse que ponía debajo mi almuerzo.

Pero todo esto son tortas y pan pintado, comparado con lo que tuve que pelear, mientras no conseguí reducirlo á que pusiera en orden mi gabinete, no como deseaba, ni mucho menos, sino de manera que, siquiera de lejos, revelara las condiciones de un hombre arreglado. Para él el arte supremo de poner las cosas en orden consistía en colocarlas una encima de otra en forma arquitectónica, siendo su mayor empeño la construcción de edificios piramidales, cuanto más altos mejor. En los primeros días mis libros formaban un verdadero semicírculo de torres que bamboleaban al menor empuje. La jofaina puesta boca abajo sostenía una atrevida pirámide de tazas y platillos, rematada *artísticamente* por la brocha de la barba: los sombreros de copa, nuevos y viejos, se levantaban en forma de columna monumental hasta una altura vertiginosa. De ello resultaba frecuentemente, que hasta en medio de la noche se derrumbaran aquellos edificios, produciendo estrépito, ruina y dispersión tales, que sin las paredes del gabinete nadie sabe dónde habría ido todo á parar. Para hacerle comprender que el cepillo de los dientes no pertenecía á la misma familia que el de la cabeza, que el bote de pomada nada tenía que ver con el de extracto de carne, y que la mesita de noche no servía para guardar las camisas recién planchadas, necesité toda la paciencia de Job y toda la elocuencia de Cicerón.

Jamás pude saber si estaba satisfecho, si sentía agradecimiento por la manera bondadosa como le trataba. Sólo en una ocasión mostró cierta solicitud respecto de mi persona, y aún en ésta la manifestó de manera muy extraña. Hacía

quince días que guardaba cama por enfermo, y si bien no me agravaba, tampoco lograba mejorar. Pues bien, una tarde topóse en la escalera con mi médico, que era hombre de muy pocas



palabras, y encarándose con él, le dijo de buenas á primeras: —En resolución: ¿lo cura ó no lo cura?— El médico le puso de bruto y animal que no había por dónde cogerle, y él, como si nada le hubiesen dicho, replicó: —Es que ya dura demasiado.

Otras veces salía con gansadas tales, que en lugar de reprenderle por ellas como se merecía, sólo me hacía reír. Una mañana me despertó diciendome al oído con un vozarrón extraño: — Señor teniente, zorra que duerme no caza gallinas.

Un día volvió á casa en el preciso instante en que salía de ella un personaje ilustre, de quien uno de mis compañeros que estaba conmigo dijo que era un *señor de muchas campanillas*. Pasadas un par de semanas, me hallaba hablando con algunos de mis amigos, cuando se asomó á la puerta de mi gabinete anunciándome una visita. — ¿Quién es? — le pregunté. — Es... — contestóme, y como se le hubiera olvidado el nombre, dijo resuelto: — *Aquel señor de muchas campanillas*. — Todos soltaron el trapo á reír; oyólo el aludido, explicóle la causa, y celebró la ocurrencia riéndose como un loco.

Nada tan difícil como dar una idea de la lengua que hablaba aquel ente singular: era una mezcla de sardo, lombardo é italiano; pero por medio de frases cortadas, palabras truncadas é incompletas, verbos hasta lo infinito lanzados á tontas y á locas, que producían el efecto de un discurso de un poseso. Un día fué á buscarme un amigo á la hora de comer, y al entrar le preguntó: — ¿Hace mucho que ha empezado tu señor la comida? — *Trema*. (Tiembra), — contestóle el soldado. Mi amigo quedóse sin saber lo qué ocurría, y es que aquel *trema*, quería decir *termina*.

Después de cinco ó seis meses de asistir á la escuela había logrado leer y escribir con no poca dificultad. Fué esto mi desgracia. En tanto permanecía yo fuera de casa, ejercitábase escribiendo en mi mesa, y acostumbraba escribir una misma palabra ciento, doscientas veces, y generalmente era ésta la que más impresión le había hecho de todas las que me había oído en tanto leía. Una mañana, por ejemplo, hábale llamado la atención el nombre de Vercingetorix. Cuando volvía á casa por la noche encontrábame con la palabra Vercingetorix escrita en las márgenes de los periódicos, en el

reverso de los anuncios, en las fajas de los libros, en los sobres de las cartas, en los papeles del cesto, donde quiera que había hallado sitio suficiente para meter aquellas trece letras de su predilección. Otra vez le llegaba al alma la palabra ostrogodos, y al otro día me encontraba con que los ostrogodos me habían invadido la casa. Seducíale otro día la palabra rinoceronte, y no pasaban veinticuatro horas sin que los rinocerontes pulularan por todas partes. En cambio gané por otro lado, pues merced á sus conocimientos hallóse en disposición de abandonar el sistema de las cruces, que con lápices de colores distintos trazaba en los sobres de las cartas que le daba para entregar á determinadas personas, pues no había medio de hacer que se acordara de los nombres de aquellos á los cuales iban dirigidas, por cuyo motivo solía decir: — Esta carta para la señora celeste, (lo era todo menos esto); ésta al periodista negro, (que era rubio); ésta al empleado amarillo, (que reventaba de salud).

Pero á propósito de sus aficiones caligráficas, descubríle una mucho más curiosa que las que acabo de referir. Había adquirido un cuaderno, en el cual, de cuantos libros había á mano, copiaba las dedicatorias dirigidas á los padres, bien que sustituyendo á los nombres de éstos los de los suyos, ó los de sus hermanos, con lo cual imaginaba darles un elocuente testimonio de aprecio y de consideración. Abrí un día el cuaderno referido, y leí entre otras las dedicatorias siguientes: — *Pietro Tranci* (era su padre, un pobre campesino). *Nacido en pobre cuna, Supo con estudio y perseverancia, Conquistarse un puesto señalado entre los doctos; Auxiliar á sus padres y hermanos; Dignamente educar á los hijos. A la memoria del excelente padre, Este libro dedica el autor Antonio Tranci*, (en lugar de Miguel Lessona). — En otra página: — *A Pedro Tranci mi Padre Que anunciando al Parlamento subalpino El desastre de Novara, cayó desvanecido al suelo falleciendo al cabo de pocos días, estos versos consagra, etc.*

== Más abajo: — *A Cagliari, (en lugar de Trento) que todavía no tiene representación en el Parlamento italiano, etc. Antonio Tranci (en lugar de Juan Prati).*

Pero lo que más maravilla me causaba, por lo mismo que en mi vida había visto cosa igual, era su completa carencia del sentimiento de la admiración, por más grande y extraordinario que fuese lo que veía. Durante el tiempo de su estancia en Florencia, tuvo ocasión de presenciar las fiestas que se hicieron con motivo del matrimonio del príncipe Humberto. Asistió á la ópera y al baile en la Pérgola, siendo de advertir que en su vida había visto un teatro; vió las fiestas del Carnaval y la iluminación á la veneciana del paseo de los Colli; vió otras cien cosas completamente nuevas para él, cada una de las cuales bastaba y sobraba para haberle dejado maravillado, estupefacto, sorprendido. Pues nada menos que esto. Su admiración no pasaba los límites de su frase predilecta:

—No está mal.

—Santa María del Fiore... no está mal.

—La Torre del Giotto... no está mal.

—El palacio Pitti... no está mal.

Tengo para mí que si Dios en persona le hubiese preguntado qué le parecía de la creación, le habría contestado que no estaba mal.

Durante todo el tiempo que estuvo á mi servicio mostró siempre y constantemente el mismo humor entre grave y alegre, siempre dócil, siempre distraído, siempre dispuesto á entenderlo todo al revés, siempre sumergido en una contemplación beatífica, siempre extravagante de la misma manera. El día que recibió su licencia se pasó no sé cuántas horas garabateando, con la misma tranquilidad que los otros días. Antes de marchar vino á despedirse de mí. La escena de la separación nada tuvo de tierna. Preguntéle si sentía dejar á Florencia.—¿Por qué no?—respondióme. Le pregunté si volvía contento á su casa, y me contestó con una mueca que no supe comprender.

—Vaya,—me dijo en el momento de salir,—si algo se le ocurre, mandar.

—Mil gracias,—le contesté.

Y así se marchó, después de haber estado en mi casa más de dos años sin dar la más insignificante muestra de alegría ni de pesar.

Le estuve mirando en tanto que bajaba la escalera.

De pronto volvió la cabeza.

—¡Quién sabe!—pensé. Tal vez se ha despertado algún sentimiento en su corazón, y viene á despedirse más afectuosamente.

—Señor teniente,—me dijo—la brocha para afeitarse la encontrará usted en el cajón de la mesa grande.

Y se fué.